

### EL DOCTOR WIDEMANN.

Como se comprenderá, esos detalles, sea dados por el señor G..., sea copiados de los documentos oficiales, me habian ocupado todo el día y parte del siguiente, de modo que no me encontraba dispuesto á partir para Heidelberg hasta las seis de la noche. Volví, pues, á subir en el carruaje despues de haber dado mil gracias al señor G...; pero no queriendo dejar á Manheim sin dar el último adios á Sand, me hice conducir al cementerio donde está enterrado:

En él reposan, á veinte pasos uno de otro, el asesino y la víctima, ó si se quiere mejor, el traidor y el mártir : en fin, Kotzebüe y Sand.

Sobre la tumba de Kotzebüe, situada precisamente frente á la puerta de entrada, en el centro del cementerio, se eleva un monumento de una

arquitectura extraña : la base es una masa de rocas al rededor de las que trepan enredaderas; sobre esta masa de rocas descansa por su punta una piedra tallada en rombo, y sostenida por ambos lados por las caretas de la comedia y la tragedia, y en el lado plano de la piedra está grabada esta inscripcion :

*El mundo le persiguió sin piedad, la  
calumnia fué su triste herencia,  
no encontró la felicidad mas que en los brazos  
de su mujer, ni el  
descanso mas que en el seno de la muerte;  
la envidia  
vigilaba siempre para llenarle el  
camino de espinas,  
el amor hizo florecer sus rosas.  
Que el cielo le perdone  
como él ha perdonado á la tierra <sup>1</sup>.*

Entonces, y como hacia largo tiempo los nocturnos sepultureros de Sand habian sido relevados de su juramento, como en aquel momento todos los que habian empapado su pañuelo en la sangre le han lavado con gran cuidado, y los unos son consejeros, y los otros jueces, y por consiguiente

<sup>1</sup> Entiéndese que este epitafio está escrito en aleman, y que estas cortas líneas son su traduccion.

no han creído á propósito tener secreta aquella fosa, me condujeron hácia un ángulo de la pared, y allí me enseñaron un cuadro de tabla, de seis piés de largo y tres de ancho, en medio del que crece un ciruelo silvestre : esta es la tumba de Sand.

Corté una rama del ciruelo del sepulero de Sand, arranqué un ramito de hiedra del monumento de Kotzebüe, y me los llevé enlazados el uno á la otra.

Volvímos á pasar cerca de la pradera : fuí á visitar otra vez el cerro sobre el que se había construido el cadalso ; y con la imaginacion llena de esos pensamientos que han hecho decir á Bruto que la virtud no era mas que una sombra, volví á montar en el carruaje, y tomamos el camino de Heidelberg.

Por mas prisa que tuviese de visitar al señor Widemann y de completar con sus noticias las que me habia dado el señor G..., era demasiado tarde cuando llegué á la ciudad universitaria para pensar en otra cosa que cenar y acostarme ; así lo hice, encargando me despertasen al dia siguiente á las ocho.

Apenas desperté, me vestí y corrí á casa del señor Widemann, donde indicaba la direccion de la carta que tenia para él. El señor Widemann vivia calle Mayor, núm. 411. No tuve, pues, ne-

cesidad de preguntar, para llegar á su casa. Me detuve ante la puerta un momento. Confieso que la idea de ir á abordar al verdugo en su misma casa, para preguntarle acerca de una ejecucion, despertó todas mis preocupaciones de Francia ; pero no habia yo ido de tan lejos para retroceder : alargué la mano y llamé á una puertecita de un corredor.

Una anciana salió á abrir, el corredor se prolongaba hasta el jardin. En medio del corredor, habia una escalera de piedra por donde se subia al piso principal. La anciana le abrió, y me dijo que entrase y esperase un momento, que el señor Widemann iba á bajar.

La habitacion donde me introdujo era un lindo salon que formaba al mismo tiempo biblioteca, cubierto de un papel azul celeste con flores blancas. Sobre la chimenea y en estantes, estaban colocadas una multitud de curiosidades, como pájaros disecados, víboras enroscadas con ramas de árboles, conchas nacaradas ó purpurinas, y en fin, en medio de todo esto colgados formando un trofeo, un fusil, una canana y un frasco de pólvora, que indicaban que el dueño de la casa era cazador. Miraba todas aquellas cosas, que como se ve, no pertenecian á la especialidad de aquel á quien iba á visitar, cuando oí abrir la puerta. Me volví, tenia delante al señor Widemann.

Era un jóven de buena presencia, de treinta á treinta y dos años, de tez morena y cabellos negros, con patillas dispuestas de modo que rodeaban enteramente su fisonomía. Se aproximó á mí con excelentes modales, y me preguntó á qué debía el inesperado honor de mi visita.

Confieso que en aquel momento no encontré una palabra que contestarle; me contenté pues con entregarle la carta del párroco D... La leyó, é inclinándose de nuevo:

— Estoy á vuestras órdenes, caballero, para daros todas las noticias que os agrade preguntarme. Desgraciadamente, no soy un verdugo muy curioso, añadió con una ligera sonrisa de ironía, puesto que aun no he ejecutado á nadie; mas es preciso no juzgarme por eso, caballero, no es mia la culpa, es de esos buenos Alemanes, que no cometen crímenes, ó del gran duque, que siendo un príncipe excelente, perdona lo mas que puede.

— Al doctor Widemann, le dije, es á quien yo vengo á ver; al hijo del hombre que, cumpliendo con la terrible mision que se veía obligado á ejecutar, ha conservado hasta el último momento para el desventurado Sand miramientos que podian comprometer al que los tenia para él.

— No habia gran mérito en eso, caballero; todo el mundo amaba y sentia á Sand, y ciertamente, si mi padre hubiese creído que su adhesion podia

salvarle, se hubiera cortado la mano derecha antes que ejecutarle. Pero Sand estaba sentenciado, Sand debía sufrir la pena.

— Ya sé que vuestro padre dulcificó todo lo posible sus últimos momentos; así respecto á eso, no teneis nada que decirme: el Sr. G... me ha referido todo. Pero he creído que habria algunos detalles que se le habrian escapado, y como pienso escribir algo acerca de Sand, quisiera me dijerais esos detalles.

— Yo era muy jóven entonces, me respondió el señor Widemann, porque apenas tenia catorce años; así muchas cosas se han borrado de mi memoria, y el único detalle que puedo daros, caballero, si es de alguna curiosidad para vos, es que mi padre pidió permiso para hacer otro cada'so á expensas suyas, á fin de conservar el de Sand, y para que un asesino vulgar no deshonrase el que habia manchado con su sangre aquel noble y desventurado jóven. Habiendo obtenido su permiso, mi padre, de aquel cada'so mandó hacer los postigos y las puertas de su casa de campo.

— ¿Y esa casa de campo, está lejos de aquí?

— Á una milla de la ciudad, en medio de un viñedo, á la izquierda del camino de Carlsruhe; una casita blanca con tejado encarnado, ventanas grises y un arco iris encima de la puerta. Si teneis curiosidad de ir allá, la reconocereis fácilmente;

además, cualquiera os la enseñará. Las puertas y las ventanas están hechas pedazos, porque durante cinco ó seis años, era una peregrinacion para los estudiantes, que iban á quitar con las puntas de sus puñales pedazos de aquella madera; luego poco á poco se han hecho mas raros los curiosos, hasta que concluyeron por no ir ninguno. Así, caballero, no os admireis de mi recibimiento en un principio un poco frio, y acaso poco conveniente; pero hará diez años que nadie me ha hablado del pobre Sand, de modo que eran recuerdos, si no olvidados, al menos adormecidos.

— Gracias, pero mi visita era al mismo tiempo bastante indiscreta en sí misma, para que tuviera una acogida que no fuese fria. Gracias por la noticia que me habeis dado; ciertamente, iré á ver esa casita, extraño monumento del interés que inspiraba Sand. Mas debeis conservar aun otra cosa que tendria mucho gusto en ver, aunque no sé cómo pedirlo.

— ¿Y cuál es esa otra cosa? preguntó el señor Widemann con la sonrisa ligeramente irónica que ya habia notado en él.

— Os haré observar, le respondí, que no me animais á hacer esta petición.

Su rostro cambió de expresion.

— Perdonad, dijo, he hecho mal. ¿Qué cosa deseais ver? tendré un placer en enseñárosla.

— La espada con que Sand ha sido decapitado. Un vivo carmin se pintó en el rostro del señor Widemann. Mas al punto, moviendo la cabeza como para hacer caer aquel rubor:

— Voy á enseñárosla, caballero, me dijo; pero la encontrareis en muy mal estado. Gracias á Dios, hace doce años que no ha servido, y en cuanto á mí, es la primera vez que la tocaré. Si hubiese sabido iba á tener el honor de recibir vuestra visita, la hubiera hecho limpiar á uno de mis ayudantes; pero me dispensareis, sabeis mejor que nadie que he sido cogido desprevenido.

Al decir estas palabras, el señor Widemann se inclinó y salió, dejándome mucho mas embarazado de mi fisonomía que él de la suya. Sin embargo, resolví, puesto que hacia ya el papel del tonto, representarlo hasta el fin.

Un instante despues, el señor Widemann entró llevando en la mano una larga espada sin vaina, mas ancha en la punta que por el puño; la hoja estaba hueca y contenia cierta cantidad de azogue que precipitándose desde la empuñadura hasta la extremidad de la punta, daba al tajo una fuerza mucho mayor. En muchas partes la hoja estaba efectivamente oxidada; porque el óxido, como se sabe, aparece casi siempre en los sitios manchados por la sangre.

— Hé aquí la espada que queriais ver, caballero.

— Os pido de nuevo me dispenseis por mi indiscrecion, y os repito las gracias por vuestra amabilidad.

— ¡Y bien, caballero! si es cierto que os creéis algo obligado por mi amabilidad, permitid ponga á ella un precio.

— ¿Cuál?

— Que rogueis á Dios conmigo para que jamás tenga yo que tocar á esta espada mas que para satisfacer la curiosidad de los extranjeros que quieran honrar con su visita la pobre morada del verdugo de Heidelberg.

Ví que habia llegado el momento de retirarme. Hice al señor Widemann la promesa que me pedia, le saludé y salí.

Era aquella la primera vez que habia tan completamente divagado, sin encontrar en una conversacion de media hora, una sola ocasion de tomar la revancha.

Por lo demás, no por eso dejé de cumplir al señor Widemann la promesa que le habia hecho, y sin duda ha sido eficaz nuestra comun plegaria, porque no he oido decir que desde mi visita haya tenido necesidad de desoxidar su espada.

## HEIDELBERG.

En esta ciudad universitaria volví á ver los rostros de estudiantes; eran absolutamente iguales á los de Bonn; lo que constituye entre ellos las diferencias de fisonomías, es la diferencia de las pipas.

Era hora muy á propósito para visitar las ruinas antes de almorzar. Me puse, pues, á trepar por la montaña, y al cabo de un cuarto de hora, estábamos en el patio del castillo palatino. Como Koenigstein es tambien una ruina de nuestra época, solo que esta data de Luis XIV, y se remonta á la guerra del Palatinado; es ciertamente una de las mas hermosas y pintorescas que existen.

El interior del castillo (porque algunas habitaciones están todavía cerradas y habitadas) conserva dos cosas curiosas, una para los anticuarios, la